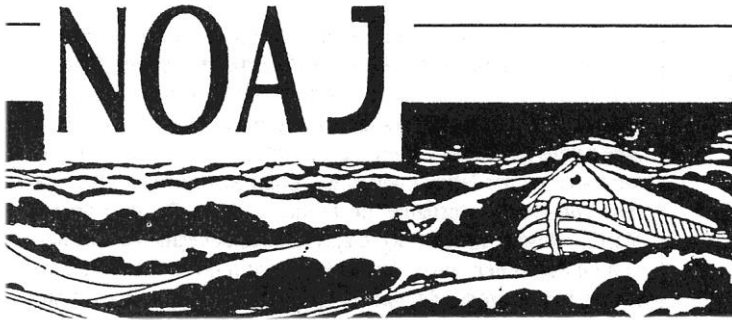




Año II, N°. 2, julio de 1988

Müller, Leopoldo. "Vigencia de los exilios bíblicos". pp. 33-39

VIGENCIA DE LOS EXILIOS BIBLICOS

La simbolización es seguramente la facultad más característica de la especie humana, la entraña misma del lenguaje. Esta capacidad, la de comunicar datos, pensamientos, emociones, como fenómeno en sí, atrapa el interés del hombre desde los albores de su inquisición sobre sí mismo. El origen del proceso es inconsciente involuntario, aún inevitable, caso del sueño, en el cual surgen imágenes simbólicas de las cuales el soñante no puede reconocerse autor. Intrigante como es este proceso, sabemos sin embargo desde los más remotos testimonios históricos que había quienes sostenían poseer la capacidad de descifrar la maraña onírica que el soñante mismo no comprendía. Tal proposición de los oniromantas implicaba ya la afirmación de que el sueño es un lenguaje simbólico y que si su autor mismo no lo comprendía, había hombres que sí lo entendían.

En la Biblia, Jacob (Gen. 28: 12-15) en Betel sueña e interpreta su propio sueño, el de la escalera al cielo, como una teofanía. Un diálogo con Dios mismo, en su propia morada (casa de Dios). Probablemente contiene este nombre el germen del concepto so-

bre los sueños como fenómeno divino. Las visiones, apariciones de seres fabulosos, ángeles, kerubines, serafines; creaciones ficcionadas para la expresión de conceptos de intensa emotividad, pero inexistentes en la realidad, son imprescindibles para la "realidad psíquica" que transmita mediante la simbolización en ese espacio intermedio entre lo real y lo imaginario, complejas necesidades psíquicas en existencias "reales" en el mundo imaginario. Este complicado proceso — lo sabemos desde Freud — es el que rige también la creación de los productos psíquicos contiguos al sueño, las fantasías, las alucinaciones, los delirios y es el entresijo del enigma de los mitos, ese fenómeno universal, intemporal, omnipresente en cada pueblo o tribu, en cada cultura, siendo su origen concomitante del proceso mental, su autor anónimo y sobrevivencia fruto de una memoria colectiva. Jamás existió colectividad humana sin sus mitos. Sin embargo no fue grande el avance de la indagación sobre los mitos y su naturaleza simbólica aunque se halla en el núcleo mismo del proceso de pensamiento.

Tan tardíamente como durante la Ilustración, un Voltaire decía: "Los mitos son exabruptos de los salvajes e invento de los timadores, en el mejor de los casos conjuraciones fantasiosas de los poetas para seducir a los sectores". Un estudioso de las religiones del siglo XIX como Max Müller dirá aún sobre el mito, esqueleto encarnadura, sangre nutriente, y fundante de las religiones: "El mito no es más que una enfermedad del lenguaje".

El cambio de actitud radical sobre el mito en la cultura occidental se produce a partir de los románticos y su estudio se dispersa a partir de Freud para abarcar una extensión larga de enumerar. Hoy debemos considerar al pensamiento mitológico como una suerte de conocimiento sin una necesaria correspondencia con un hecho o acontecimiento histórico real. Deriva su saber de

**Leopoldo
Müller**

*Ensayista y psicoanalista
uruguayo; estudioso de
los mitos bíblicos.*

El cambio de actitud radical sobre el mito en la cultura occidental se produce a partir de los románticos y su estudio se dispara a partir de Freud para abarcar una extensión larga de enumerar.

una indeseñable relación con el mundo real, frecuentemente es más una hermenéutica, que testimonio, pues el mito se inserta en los intersticios de hechos incompresibles en cuyos huecos del no saber implanta un saber. Allí donde el saber claudica, el mito asevera su saber. Vincula los hechos incompresibles con la certidumbre de la imaginación que no tolera huecos. Al revés de la ciencia. Ir más lejos nos llevaría más lejos del texto mítico que aquí queremos estudiar.

De la vastedad de sus unidades temáticas, el mitema del Exilio — el Exodo — el Retorno, constituye una tríada que ha estado presente como mito fundante del pueblo judío figurando como originario de su existencia nacional; su devenir como pueblo y su vigencia afecta aún hoy su presente y futuro con la más compleja ambivalencia.

Significativo resulta también el cotejo con otras culturas en el pasado y presente por su presencia, de algún modo sempiterna en todo individuo. El mito de Edipo lo expresa en su simbolismo cardinal en otra tríada: Corinto- Tebas- Colona, que corre paralelo al acertijo de la Esfinge a Edipo, para todo ser humano desde la postura cuadrípeta, bípeta y trípeta o sea desde el nacimiento hasta la muerte. Ser exilado, exilarse, retornar o reencontrarse con su fuente y sus orígenes se subtiende en los afanes de todo individuo en su existencia ontogenética.

Pero esta existencia no es mucho más que una abstracción, una entelequia, ya que el individuo es inconcebible desconectado de su filiación. Paralelamente a la mitología individual está la mitología social, así como el cordón umbilical que nutre y liga al feto con la madre, deriva al individuo de la matriz de su estirpe.

Exilarse voluntariamente es posible y puede ser tanto un hecho positivo como negativo. El individuo puede abandonar su tie-

rra, su lengua, su cultura y transculturarse exitosamente. También puede fracasar en su intento y retornar exitosamente para reafirmarse en su identidad. Lo que no puede hacer ningún individuo es dejar de pertenecer. Forma parte de las necesidades de la existencia humana con la misma perentoriedad que las elementales de alimento, resguardo, protección, reproducción. En ese mismo orden están a través de todos los tiempos las necesidades sociales de la familia, el clan o la tribu y lo que esos ordenamientos sociales han generado en los avatares históricos, en usos y costumbres, expresados en mitos, leyendas, fábulas y ritos contenidos en las creaciones culturales, religiosas, artísticas hasta las modernas configuraciones sociales en los estados y naciones actuales, sus agrupamientos políticos, deportivos y similares.

Sabemos desde Grecia sobre uno de los castigos básicos al disidente: el ostracismo. Y por Sócrates conocemos la opción por la muerte antes que la segregación social. Tal condena existió en tiempos bíblicos, la segregación del renegado (religioso-cultural) "mijutz la-majané" fuera de la comunidad. El uso de ese recurso, el "jerem", la exclusión o exilio forzado de períodos lejanos son utilizados aún por sectas religiosas judías. Todo ello testimonia la imposibilidad humana de vivir fuera de un marco nacional-cultural.

El Mito de Los Orígenes conforma la noción más arcaica para la historia de cualquier pueblo como hecho sagrado que aconteció "in illo témpora", o en su formulación hebrea "baiamim ha-hem" que se sugiere como tiempos primordiales.

La Biblia es el texto fundante del judaísmo en cualquiera de sus aristas, hay evidencias mito-históricas de enorme riqueza sobre la gravitación y vigencia del mitema de exilio y éxodo como columna vertebral del devenir histórico del pueblo judío.

Si consideramos además la Biblia como una historiosofía, se comprueba su intención paradigmática, primero para el pueblo judío, y a partir de los profetas clásicos, particularmente Isaías, su universalización para otras religiones que derivan de ella, las cuales incorporaron sus mitos.

El pueblo judío establece su segundo origen en un exilio en el que se entrecruza la voluntad humana y el mandato divino tal cual lo narra el texto bíblico según la concepción hebrea. El estrecho mundo súmerobabilónico con su cosmología y teogonía toscas, del cual la Biblia es tributaria se afina para dejar de ser "historia general" e iniciar una historia particular, la del pueblo judío. Un hombre, más propiamente personificación mítica del origen de una estirpe, se encarna en una figura patriarcal, Padre de Multitudes. Bajo el patronímico de Abraham, y el mandato de su divinidad, Yahvé, comienza un exilio: "Vete de tu tierra, de tu patria, de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré" Gen: 12.1. Este imperativo formulado en lenguaje teológico, da inicio a un exilio total con una ruptura, con un territorio, familia y cultura para iniciar un proceso que durará siglos. Ruptura y comienzo son dos caras de un proceso.

Exilio por imposición de lo divino dentro del hombre que rompe con una concepción insostenible ya, la teogonía pagana cuya bastedad desgastó la credibilidad de cualquier chispa de divina por la rusticidad de su torpe humanidad que agotó su caudal sublime.

Este exilio voluntario encarnado en Abraham marca el alejamiento de un atoladero en el que languidecía una senda humana iniciada milenios antes en esa Mesopotamia, que los hebreos aún conservan en denominación en la etimológica, **Meéver Hanahar**, Allende el Río. Iniciar otra senda, en otra orilla, con otra concep-

ción de la divinidad en el encuentro de un Dios y el hombre que (los hombres resuelven) intervenga directamente en la historia.

El pueblo judío fija su origen en este exilio – ruptura – comienzo de otra orilla del hombre en busca de su divinidad. Exilio, búsqueda del hombre de su propia excelencia en un peregrinaje en el que estará en juego todo y en el cual la audacia de este exilado transmigrante, formador de una estirpe de sedientos de un Dios creíble, acorrala a su Dios Yahvé, aun a riesgo de ser temerario. En el episodio de Sodoma (Gen. Cap. 18) lo apostrofa sobre la injusticia de Su justicia en la soberbia osadía del versículo 25. Dice, permutando los lugares del hombre y Dios: "¿El juez de toda la tierra, va a fallar una injusticia?".

El exilio de la cultura súmerobabilónica se debió pues al agotamiento de su sistema personificado en ese panteón donde los dioses se humanizaron de tal modo que los hombres no encontraron en ellos más que su propio reflejo, impotencia, y desconcierto. En varias culturas mediterráneas se produce este desgaste celestial. El panteón helénico se desmoronará tras su inmortalidad, otro tanto pasará con el romano y terminarán ambos por acoger en su seno los frutos decantados de este soberbio exilado abrahámico y los de su estirpe que inicia un periplo de búsqueda de un Dios justo y de un pueblo de santos, quizás, a unos quince siglos antes de la era común. Tras el derrumbe moral, los imperios vecinos absorberán las búsquedas bíblicas escritas probablemente en el séptimo siglo E.C. en los menguantes reinos de Yehudá e Israel y se inmortalizarán en un mundo de paganismo en derrumbe.

En el interín seguirán exilios y desexilios en un pueblo marcado para ese sino de búsquedas de un Dios y de un territorio, deambulando entremundos. Sus tribus se aglutinarán a la vera de su

La Biblia es el texto fundante del judaísmo en cualquiera de sus aristas, hay evidencias mito-históricas de enorme riqueza sobre la gravitación y vigencia del mitema de exilio y éxodo como columna vertebral del devenir histórico del pueblo judío.

Dios en una permanente diatriba de amores e infidelidades con el recuerdo de aquel gran encuentro contenido en su mito-historia en el cual Dios hace un pacto y promesas de un futuro venturoso a su elegido. Pero su elegido ha de comenzar antes con un mísero destino de servidumbre, no se sabe por qué, quizás porque todo pueblo deriva su recuerdo de un pasado de sometimiento antes de forjarse su identidad nacional.

II

Otro exilio, esta vez masivo, marca el recuerdo de su ser nacional: el Exodo.

En el Libro del Exodo, capítulo XII de los versículos 37 al 42 se narra la salida de Ramsés (localidad del Alto Egipto) en forma har-to escueta, con datos históricamente inverificables, siglo XIII A.C. Pero el contenido vivencial de estos relatos cruzados por lo mítico y lo histórico, tiene tal carga de dimensión ética religiosa, de problemas metafísicos, que permanecen inborrables en el alma nacional del pueblo judío. Testimonian esto el soberbio poema del capítulo XV del Canto a Yahvé, tenido por su lenguaje como uno de los poemas más arcaicos de la poesía épico-religiosa del pueblo hebreo con referencias, alusiones y metáforas cuya consideración requiere estudios que exceden las posibilidades de un enfoque único. Tal el potencial de condensación de los mitos, capaces de contener máximas de significados en mínimas expresiones.

Este éxodo, exilio colectivo, conduce al desierto, metáfora de espesor que requiere profundo desglose. Los escribas compiladores de las palabras de Dios le hacen decir: "Acuérdate de todo el camino que Yahvé tu Dios te ha hecho andar durante cuarenta años en el desierto para humillarte, probarte y conocer lo que había en tu corazón, si ibas o no a guardar sus mandamientos", (Deut. 8:2 y sig.). Esta es su interpretación del por qué el desierto.

El desierto está poblado por Dios que dicta la ley y ofrece la Alianza, Sinaí mediante, que los hombres se proponen en diez postulados. Los escribas pintan el decorado fantástico de un marco cósmico-terrestre de un pueblo que adviene y para un territorio que se anhela. El texto se escribió ya en la Tierra Prometida en el entrecruzamiento de "memorias" de un pasado donde lo fantástico y terrible emerge en un presente admonitorio.

Este exilio masivo o éxodo se subtiende desde la era de un Patriarca mítico a un legislador, liberador y guía nacional no menos mítico. Supone un lapso de unos 400 años. Número genérico que impone el tiempo de gestación desde los orígenes al de la liberación y consolidación, o sea el tiempo de una generación. Se trata de números tipológicos, frutos de la experiencia que la vida real fija como hitos necesarios para asimilar aquello que la mera realidad históricamente cierta la servidumbre en Egipto, — como la de tantas otras servidumbres que los registros egipcios testimonian, — no pueden agotar con meros datos históricos. Lo que este Exodo intenta condensar como mitema es decisivo para la memoria colectiva de un pueblo que recrea un pasado de servidumbre y el advenimiento de una praxis ritual, cultural, que se fundará en el recuerdo evocado. Su significado es histórico-teológico. La historiosofía que es gestada por el pueblo judío es una filosofía de la historia, un método de interpretar los hechos opacos e incomprensibles como un secreto de Dios que sólo sus enviados y profetas saben interpretar. La historia es obra de Dios y contiene una enseñanza. El mismo es su autor y rector. Lo expresa El mismo: "Date cuenta, pues, de que Yahvé tu Dios te corregía como un hombre corrige a su hijo". (Deut. 8:7). Pero sus designios secretos los revela tan sólo a sus profetas. "No, no hace nada el Señor Yahvé sin revelar su secreto a sus siervos, los profetas". (Amos

3:7). El “encuentro con Dios”, el cumplimiento de una promesa a los patriarcas. Su garantía es el éxito de la conquista de un territorio nacional.

El Exodo es además la conquista de la libertad personal de siervos que ahora unificados como Bené Israel, se reconocen hijos de una triada de patriarcas en una común ascendencia.

Conocemos de las fuentes históricas de Egipto el status de los esclavos y el hecho de que los egipcios no eran dueños de la tierra, ya que esta pertenecía al Faraón, como figura también en Génesis XLVII: 15-12. Los israelitas en cambio sabían que ellos en la hora del asentamiento el de la evocación, sí eran poseedores de la tierra porque ésta no se podía vender ya que Yahvé mismo advertía “Mía es la tierra a Perpetuidad (Lev. 25:23)”. “Recordaban” el amargo sabor ancestral de una servidumbre que regía aún en el **Mitsraim** de su servidumbre, y para todos sus habitantes.

Exodo es pues esa salida de Egipto, sobrenatural, milagrosa que sólo un Dios y su mensajero podían lograr, aunque previo pasaje por el desierto. Ese lapso en el cual debía perecer la generación intermedia de mentalidad de siervos, incapaces de adquirir la concepción necesaria para una conciencia nacional-religiosa y un fundamento jurídico necesarios para una constitución nacional. El éxodo es, además del hecho histórico, una mutación necesaria de un estado mental.

La servidumbre como experiencia colectiva de una etnia, ha dejado grabado en el recuerdo grupal formas mitológicas de tan compactos estratos sobre los cuales la acción individual nada podía hacer para redimirse. La búsqueda personal para salvarse del infortunio mediante la fuga o el exilio no revertería el peso colectivo de una ominosa aceptación común de un destino grupal. El clamor común era un pasaje ejemplarizante para el sentir co-

lectivo por la eternidad. La salida de la servidumbre a la libertad, con todo el poder, vigor sonoro y rítmico con el que el lema hebreo “Meavdut Lejerut” azota la dignidad del ser individual e invoca el poder colectivo. Tal la jerarquía de ese Exodo, y la razón del sobredimensionamiento numérico de los exilados a iseiscientos mil!, número tipológico para significar lo inmenso. El Exilio, voluntario o forzado, esa migración que figura en las sagas patriarcales, carece de la gravitación épica de la noción de La Salida de Egipto y sus derivaciones mito-alegóricas como emblema movilizador de multitudes que suscita el halo del Exodo.

III

Muchos pueblos lo recogen en su liberación. Sirva de ejemplo el Exodo del Pueblo Oriental, en el caso del Uruguay donde la derrota del ideario artiguista se transforma en epopeya de liberación nacional versus sumisión extranjera. La Gran Marcha Maoísta ¿no apunta bajo otra denominación a la misma necesidad épico-histórica como sustrato? Acto nacional-colectivo durante la penosa marcha por un desierto salida y búsqueda de individuación nacional.

El éxodo bíblico constituyó el ser nacional bajo tutela divina poderosa, infalible, que además legisla, enseña, codifica en una dualidad misteriosa de una deidad y su mensajero que irrumpe en la historia por primera vez en el Libro del Exodo y será inspiración de gestas similares.

Esto marca el tremendo poder semental desde un “desierto” de experiencias previas tras aventurarse primero a convivir como libre. El “desierto teológico” previo generará a su vez rituales cuya celebración conserva su vigor en la cultura hebrea aún hoy: Pesaj, Matzot, Sucot, “recuerdos” imperecederos de un estilo nacional. En el desierto se gesta un orden jurídico-teísta que será ci-

miento también de libertad personal, tras la advertencia como motto perpetuo, “porque esclavos fuisteis en Egipto” que convoca al hombre hebreo a recordar el pasado, valorar el presente — libre — y entender el “guer”, el forastero, el peregrino, el extranjero.

En el desierto la falta de un pasado, el sueño de futuro, es también el pasaje forzoso para aprender a legislarse, en lo individual y en lo nacional. Ser Estado sin haber sido más que clan o tribu. Ser Reino, y aún Imperio. Se “inventa” una constitución, con la égida de un Dios único, omnisciente, de quien deriva todo en una marcha del nomadismo al sedentarismo agrario. Dios y su pueblo aprenderán juntos, tras el Exodo, a convivir como pueblo.

Nada políticamente memorable puede hallarse en ese itinerario desértico. Su legendario legislador no es un sagaz organizador. “No va bien cuanto estás desarrollando”, dice Jetro, sacerdote midianita y suegro de Moisés en sabroso fragmento (Exodo 18: 13-27) con particular claridad. Lo que se perfila en el desierto y en su pugna es el encuentro del hombre con el rostro de Dios (Penuel) donde el hombre Jacob, se transformará en el Patriarca Israel por su audacia de desafiar lo divino, lo sublime, cuerpo a cuerpo con la cotideaneidad, antes que lo esfume el alba esquivia tal cual se narra en Génesis. Ese mismo encuentro lo tendrá Moisés en la zarza ardiente en la teofanía de Jorev (Exodo 3: 1-15) para asir a Dios en su esencia y su nombre y toparse con la misma esquividad e inasibilidad: la permanencia eterna de algo que no se consume en el tiempo, ni tiene comienzo ni fin. Este legado del desierto será recogido de la búsqueda de Israel por todos los pueblos como enigma indescifrable a la vez que soporte de una ética monolátrica.

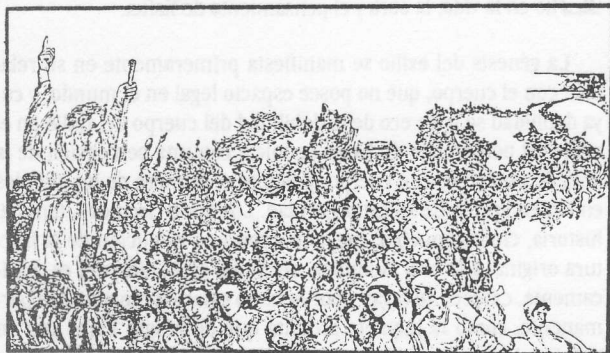
Empero el Exodo Colectivo de la salida de Egipto, Yetziat Mitsraim con su impronta indeleble, no se repetirá más en el pueblo

judío, que conocerá exilios forzados que serán un rasgo nacional durante dos mil quinientos años. Hay, si, un Exodo de un Exilio que es un Retorno narrado en los tres primeros capítulos de Ezra, cuando retornan del forzado exilio de Babilonia cuyo comienzo se data “en el año primero de Ciro, rey de Persia, en cumplimiento de la palabra de Yahvé, por boca de Jeremías”.

Nuevamente el autor de la historia cumple su promesa y retornan, aunque no todos. Los que retornan fueron los deportados que consideraban su estancia en Babilonia como cautiverio. La celebración de la Pascua adquiere (en Ezdras 6: 19 y sig.) su significado más ejemplarizante. “Celebraron un júbilo durante siete días, las fiesta de los ázimos porque Yahvé les había llenado de gozo, pues volvió hacia ellos el corazón de Ciro”. El faraónico Nabucodonosor es revertido por el bondadoso Ciro.

Los que quedan incorporan la expresión **Golá**, exilio, diáspora, como *modus vivendi*. Sus autoridades judías llevarán el título de Reish Galutá, Exilarcas. El pueblo judío se desposa con la diáspora, y aprende a vivir así. Se produce la mayor mutación en su historia sin antecedentes en los demás pueblos.

En el octavo capítulo de Nejemías nace el judaísmo. Judaísmo y exilio se sinonimizan. La fe en Yahvé y su milagroso auxilio por el Exodo de Egipto (Nejemías cap. 9: 5 y sig.) rememora esa epopeya como emblema analogizante del retorno y renueva la alianza con Dios sobre el modelo anterior (Cap. 10) y se legislan los cimientos del judaísmo con la diáspora a cuestas. En el curso de cincuenta años la destrucción del reino de Yehudá genera la más radical transformación, un pueblo sin parangón en la historia, para el cual el exilio no sólo es compatible con su ser nacional, sino que constituye su ser. No es oprobio, es “designio divino” que engendrará otro sueño único: El mesianismo.



Exilio y mesianismo son anverso y reverso que se sostienen mutuamente. Estas dos figuras se flexionarán en un cono de significaciones en cuya base un desastre nacional, político-militar, es el cimientito del cono. Sostiene en el tiempo todos los contenidos sobrepuestos hasta el extremo que llegue al cielo en unión mística, ansia de unión redentora con el mesías, enviado de Dios, capaz de traer la salvación desde su base, posado en el exilio. En lo individual llevarlo a las cumbres en el reencuentro con su divinidad. Exilio, evento colectivo nacional se convertirá en teología, capítulo de la ciencia ficción según Borges.

Exilio tolera otras interpretaciones, la de la alienación en todas sus lacerantes formas hasta el reencuentro ansiado con lo que sea.

Para el pueblo judío empero, el exilio se desprendió de los pergaminos sagrados y sus piadosas lecturas sabáticas que Ezra im-

puso para no olvidar el pasado y recordar la omnipresencia de Dios que guiará su pueblo y "reunirá a nuestros dispersados de los cuatro rincones de la tierra".

Se desprendió del pasado, no es literatura, y se encarnó en su realidad nacional por centurias y centurias. El milagroso éxodo no se reprodujo aún según el modelo del Exodo del libro homónimo. Hubo exilios, diásporas en los "cuatro rincones" en que habitó el pueblo judío. También hubo mesías, pero El Mesías, engendrado en las diásporas y en las penurias de todos los hombres que sueñan con la redención, se demora en llegar.

Nombrar los exilios, las expulsiones, los éxodos de reinos cristianos y califatos es mentar el largo destino peripatético, transhumante del pueblo del Libro que ha visto en él, un sino escrito por el dedo de Dios y una redención, que siempre ha sido parcial, porque la última hora no se ha cumplido aún. Exodos trágicos sin la epopeya de Mar Rojo. Hemos conocido, éxodos "milagrosos", operativos de "Alfombra Mágica" y otras que revisten su salvación con emblemas del Gran Evento y del Legislador y Salvador de Egipto, que nunca llegó con su pueblo a la Tierra Prometida (Herzl tampoco) y llenan los acaeceres del pueblo judío. El dilema actual parece posarse en la encrucijada de la fascinación por el mito historia que amenaza encerrar aún a un pueblo en sus mitemas, o la alternativa de zafarse de la historia sobrenatural para afincarse definitivamente en la historia más natural de los pueblos de la tierra insertándose en ella con menos vocación por la compulsión a la repetición. Ser pueblo entre pueblos capaz de escribir su historia tan profana y heroica con la de todos los que habitamos la tierra que Dios otorgó a los hombres, según reza en los textos sagrados, ya que sólo El mora en los cielos.

